La Cátedra "Luis Vives"

El seco páramo que es la vida cultural de nuestra Universidad, en cuyas aulas, desganadamente atentas a unos programas profesionales, apenas puede verse un grano de ansia de superación, se ve animado con fugaz y retrasado ritmo por las lecciones de la Cátedra «Luis Vives». Hace años tuvimos la esperanza de que la evocación oficial del gran renacentista pusiese en torno al bronce de su estatua un poco de vida universitaria y una chispa del fuego que ardió contenidamente en su espíritu. No obstante, en el rosario de los cursos han sido cada vez más escasas las cuentas del vivismo. Este que transcurre, salvo un improbable tardío arrepentimiento, sólo nos ha traído las dos conferencias que acerca de «Luis Vives y el espíritu de su tiempo» y «Luis Vives y la psicología moderna», pronunció doña María de Maeztu.

Vives, que tan discretamente escribió acerca de las mujeres, ha sido discretamente tratado por una mujer inteligente. A falta de un trabajo de hondura crítica, no vienen mal al gran público, cuya atención se halla dispersa en cien anecdotarios estúpidos, estas llamadas concisas hacia los grandes valores de todos los tiempos.

Acerca de la significación profunda de Luis Vives en la historia de la cultura, divergen las opiniones de los exégetas. Por sembrador de sistemas le tuvo Menéndez y Pelayo. Para Bonilla, Vives fué algo así como un enciclopedista anticipado. Foster Watson le ha llamado padre de la psicología moderna. El P. Torró, penetrante comentarista del gran valenciano, ve por debajo de la diversidad de sus tratados un venero oculto conducente a mejorar la condición del hombre y le considera como el fundador de la pedagogía moderna. Entre todas estas opiniones, cuyo cómputo echamos de menos en la primera conferencia, doña María de Maeztu dió tácita preferencia a la del gran patriarca de nuestra crítica. Precursor: esta es la denominación que a su juicio resume la personalidad de Vives. Precursor de Bacon, cuando proclama observación y experiencia, esto es, inducción, como métodos de estudio (dato sobre el cual ha sido un sajón, Bell, el primero en insistir); precursor de Descartes, en cuanto crea el método de la observación interna; precursor, en fin, de Kant, cuya teoría del conocimiento, como ya columbró con ojo sagaz y español ánimo Menéndez y Pelayo, encuentra sus raíces en nuestro Vives. Frente a aquella malévola mentecatez de Manuel de la Revilla, a quien las blandas nieblas intelectuales del krausismo dictaron frases de gusto dudoso acerca del valor prospectivo del vivismo, la casi descompuesta madurez de estos tiempos hace ver con pasmo ese sereno y cristiano clasicismo de Vives, dentro de cuya obra intelec-

tual se hallan en equilibrio ponderado los gérmenes—benéficos en tanto perduran unidos al tronco común, peligrosos en cuanto se desprenden—de tantos retorcidos y estériles barroquismos ulteriores.

Luis Vives, no obstante, fué algo más que un precursor, que un munífico sembrador de sistemas. Precursor fué también Giordano Bruno cuando afirmaba la homogeneidad química del universo; pero el movimiento potente que él representaba, falto del asidero de una sustancialidad espiritual, se quebró en el estragador panteísmo naturalista de nuestros días, con lo cual—en orden a la auténtica cultura—quedó anulado lo que en él hubo de constructor por lo que él llevaba dentro de revolucionario. Esta profunda antinomia entre el ímpetu tectónico y el germen disolvente que, so la capa formal del retorno a lo clásico, llevaba en sí el Renacimiento, fué resuelta con gesto señoril y fácil por los renacentistas españoles. Fray Luis despeja la incógnita poética del problema, Vives la humanístico-filosófica. Faltó—en el gozo humano no hay más que vísperas—quien encontrara las versiones científica, técnica y económica. El Marqués de Lozoya ha dicho honda y brevemente que Vives dió un nuevo sentido al Renacimiento. Esta opinión encuentra asimismo cálida glosa en doña María de Maeztu, la cual contrapone el humanismo viviano, verde renuevo con penetrante raíz medieval, al humanismo erasmista, nórdico, rebelde, casi luterano a fuerza de renegar del Aristóteles escolástico. Aquí, aquí está la almendra del problema, que la conferenciante llegó a entrever defectuosamente. Vives no abjura de lo más entrañable de la Edad Media, a saber, la consideración sustancial del mundo y la jerarquía arquitectural según la cual la sustancia menos perfecta se subordina a la más perfecta, hasta llegar a la sustancia de perfección suma; antes bien, siente hasta los tuétanos este orden sublime y a él conspira toda su obra varia, desde la **Philosophia Naturalis** hasta el **De veritate Fidei Christianae**. Triunfo de la ciencia, llama incluso Vives a este conjunto uno y vario del mundo aquiniano.

En lo que doña María de Maeztu yerra abiertamente es en afirmar que el tomismo se ve obligado a admitir la dualidad espíritu-materia a despecho de su tendencia suprema a la unidad. La unidad no está en admitir **una sola** realidad sustancial—lo cual sería un monismo panteísta—, ni ella se ve destruída admitiendo, no una dualidad, sino—como sucede en verdad—una pluralidad sustancial que va desde la materia hasta la sustancia divina; porque aquella unidad se halla en la ordenación de lo vario hacia la cúspide de lo uno, esto es, en la concepción de un mundo, no unisustancial, sino universo, dirigido a la unidad. Vives lo sabe y lo dice así: esto constituye la solidez de su grandeza, esto lo que le da esa doble faz jánica—una hacia la tradición, otra hacia el progreso—que Ortega atribuye a todos los auténticos hombres de genio. Vives sabe ver el mundo de las relaciones, cuya considera-

ción acentúa con fuerza el Renacimiento; pero no se olvida de considerar el mundo de las sustancias, que no **devienen**, sino que **son**, como las ideas platónicas. Ahí está la médula del vivismo, tomado, como lo tomó Menéndez y Pelayo y en fecha más reciente d'Ors, bajo especie de platonicidad. Ahí está también el secreto de la eterna juventud del gran valenciano, su maduro equilibrio entre la momificación a que llega la escueta consideración sustantiva del mundo y el desbordante, anárquico medro que ha creado la simple mirada hacia las relaciones aparentes. Ahí está, por fin, lo que por debajo del recorrido un poco ligero que fué la primera conferencia, nosotros hubiéramos querido ver más claramente expuesto.

Fué algo menos afortunada la conferencia acerca de «Luis Vives y la psicología moderna». Vives escribió ampliamente de psicología y estableció los métodos que luego han creado la disciplina madura de los tiempos modernos. No podía ser de otro modo, atendiendo—aquí de la sazonada tesis doctoral del P. Torró, demasiado ligeramente tratada por la conferenciante—a su íntimo afán pedagógico. El fué el primero en decir: «No nos importa saber qué es el alma, aunque sí, y en gran manera, cómo es y cuáles son sus operaciones», lo cual le da derecho indiscutible de paternidad sobre toda la evolución ulterior del saber psicológico. Sin embargo, cuando rechaza la tesis de Protágoras—«el hombre es la medida de todas las cosas»—, no por escéptica sino por dogmática, en cuanto «a cada fenómeno de sensación responde un número, que para el sujeto se convierte en verdad absoluta» (Menéndez y Pelayo), al mismo tiempo que esboza el problema de la moderna fenomenología muéstrase el platónico bebedor de esencias que antes hemos encontrado. Metafísico por un lado, psicólogo—en el sentido moderno del vocablo—por otro, tal es la postura original de Vives. Faltó en la conferencia, atenta más que a nada a encontrar coincidencias con **lo actual** (?), una declaración rotunda de esa verdad. En cambio, acertó la conferenciante cuando hizo notar que en la obra psicológica de Vives penetran torrencialmente el soplo caliente de la pasión y la vida dulce y ácida de cada hora. El sueño y los ensueños, la risa, los celos, el pudor, la memoria y el recuerdo, el modo de aprender son tratados por el Vives psicólogo. La psicología ya no es en él un cañamazo de silogismos, sino el contacto con una realidad viva y moviente, el estudio de un sér que en lo hondo es, pero que en la apariencia **deviene**. Aquí, como siempre, Vives es el renacentista español.

La deficiente visión que acerca de la problemática suscitada por la psicología moderna mostró doña María de Maeztu le impidió valorar en toda su noble calidad, ya no el puesto rector que Vives **ha tenido** para aquélla, sino el más excelso que hoy **tiene**. Vives, en efecto, ya lo hemos visto, creó unos métodos enderezados a estudiar «cuáles son las operaciones del alma» y obtuvo con ellos los

primeros tímidos resultados; pero poseyó ese gran fondo metafísico de estirpe platoniana a que repetidamente hemos aludido, y de ahí nació su ponderado equilibrio entre el saber y el hacer. Con solo los métodos—observación y experimentación—se llega al gran aparato formal que es la psicología moderna, pero se nos escapa la sustancia de esa psicología, el alma, de la cual sabía bien Vives que «no se ofrece a nuestros sentidos, así internos como externos». El uso y aún el abuso de esos métodos ha creado el árbol vario y frondoso de la psicología moderna. Si son puestos en obra los llamados por Vives sentidos internos aparecen el ya periclitado asociacionismo o la psicología vivencial que ha brotado del germen wurzburgués; si los sentidos externos, el conductismo; si, en fin, unos y otros combinados, la doctrina psicoanalista y la psicología de la figura. Fué un error notorio de la conferenciante hablar del asociacionismo como expresión de los psicología moderna, cuando su eclipse, tras el auge en tiempos de Mach y Ziehen, ha sido cada vez más completo; error tanto menos disculpable cuanto que se echó de menos la enumeración de más actuales direcciones. Vives fué asociacionista en tanto la asociación es un hecho psicológico y casi en la misma medida en que había sido asociacionista el tomismo; pero su criterio se hallaba bien distante del asociacionismo atomístico de fin de siglo, de aquel «sistema de reproducciones difusas», como le ha llamado Selz. Por lo demás, la incipiente aplicación que Vives hizo de los métodos de estudio no podía llegar a descubrir la rica variedad de la psicología actual.

Por ello, cuando se ve la perdurable misión orientadora que a Vives, en su calidad de hombre-síntesis, concierne, es más bien cuando se estudia el auténtico problema de la psicología moderna. El cual, para emplear una frase grata a Carlos Bühler, es indagar el origen uno de las tres varias coordenadas que definen actualmente la realidad psicológica: la conducta, la vivencia y el acto; esto es, encontrar la unidad entrañable del sujeto psicológico. Ahora se comprende cómo aparecen los conceptos de estructura, de totalidad, de sentido y valor, en una palabra, de **persona**, lo mismo en las consideraciones teoréticas de Dilthey que en las de Spranger; tanto en las del mismo Freud como en las hipótesis de Scheler sobre la comprensión por contacto. El abuso de los métodos proclamados por Vives—con olvido de aquél trasfondo platónico suyo—nos había llevado a desgarrar la perdurable unidad del hombre y a olvidar la realidad elemental de un espíritu sustantivo, centro de todas las aspiraciones (muchas veces no reconocidas) de la psicología actual. Ahora, cuando tantas mentes sienten nostalgia de sosiego, que es nostalgia de unidad, la armonía clásica de Vives, en quien la formación larga y ancha de «l'uomo universale» renacentista no logró ocultar las otras dos dimensiones que señala San Pablo—**quae sit longitudo, et latitudo, et sublimitas, et profundum**—, se nos aparece como la estrella de una nueva tierra de

promisión. Así veo yo, más que en cuatro naderías acerca de las asociaciones o de la memoria y el olvido, la egregia posición patriarcal de Luis Vives respecto a la psicología moderna.

Las relaciones de la doctrina de Vives acerca de la educación profesional con el libro de Huarte y la actitud pedagógica de todo el vivismo merecieron referencia breve por parte de la conferenciante, la cual terminó con unos párrafos sobre la memoria y el olvido—a los que la premura de tiempo quitó hondura—y otros dedicados a enfocar la psicología del niño con arreglo a las teorías uexküllianas. A la interpretación que doña María de Maeztu dió del mundo circundante del biólogo alemán hay que oponer algunos reparos: fué, en efecto, una imagen demasiado biológica para poder aplicarla a la rica plasticidad que caracteriza al perimundo humano, máxime cuando se le considera desde el punto de vista de la educación. Por otra parte, aquella teoría prandial acerca del ensueño, expuesta en el curso de la conferencia y atribuída por la conferenciante a Freud y Adler, no ha sido expuesta por ellos en parte alguna ni es probable que la revalidasen con su firma.

En la organización de las conferencias colaboró el Seminario de Pedagogía, cuya sede es la misma Universidad. A la actividad de ese islote de trabajo y a la del benemérito Liceo Pedagógico—cuya labor de este curso es muy digna de nota, hemos de dedicar sendos comentarios.

P. L. E.

Tres libros sobre Psicoanálisis

No es el psicoanálisis tan sólo un procedimiento para curar una determinada enfermedad del espíritu: la neurosis. Ni siquiera en sus múltiples manifestaciones puede ser tomado su poder curativo como prueba de bondad y certeza de lo teórico. No es tampoco, esa literatura pseudo-psicológica que ha llegado al acervo cultural del fariseo y que puede servir de entretenimiento en una reunión y sustituir los cuentos sicalípticos con majaderías científicas. Hay, necesariamente, un sentido transcendente en el psicoanálisis en tanto en cuanto todo conocimiento del hombre implica una concepción